

Oriente Medio

NI APOCALIPSIS NI PAZ

¿Es posible ahora la paz en el Oriente árabe? La aceptación matizada por Nasser del Plan Rogers modifica una situación que desde hace un par de semanas permanecía bajo el signo de lo apocalíptico como consecuencia de unas declaraciones de Nixon anunciando la posibilidad de una guerra mayor, incluso atómi-

ca, que envolviese a los Estados Unidos y la URSS. Rogers y Nixon aparecen frecuentemente, desde hace algún tiempo, en flagrante contradicción, y este es uno de los hechos que contribuyen a la confusión en la zona árabe del Mediterráneo. En realidad, los Estados Unidos tienen dos secretarios de Estado, uno oficial —Rogers— y otro oculto, que es el consejero del Presidente, Kissinger. Además, naturalmente, de las presiones del Pentágono, que se ejercen en un sentido diferente. El Plan Rogers fue presentado el 25 de junio y proponía un alto el fuego de tres meses, durante los cuales se celebrarían negociaciones indirectas sobre la base de la resolución del Consejo de Seguridad de noviembre de 1967: una resolución que determinaba el abandono por parte de Israel de los territorios árabes conquistados y, al mismo tiempo, el reconocimiento de la existencia de dicho Estado por parte de los árabes. Antes de veinticuatro horas, Kissinger daba su propia conferencia de prensa anunciando el propósito de los Estados Unidos de «expulsar» a la Unión Soviética de toda la zona, y, poco después, Nixon daba su conferencia apocalíptica atacando a Egipto y Siria como «agresivas» y explicando que el intento egipcio era exclusivamente el de «arrojar al mar a Israel»; al mismo tiempo daba órdenes secretas —no tan secretas como para que no se conocieran— para que le fuesen suministrados aviones de guerra y material electrónico a Israel. En ese momento, Rogers estaba en Tokio y había dado los primeros pasos para ir directamente a Moscú para ofrecer a los soviéticos su Plan de paz. Rogers anuló el viaje. Su Plan de paz estaba ya perdido.

El Plan Rogers y sus consecuencias

Y ahora Nasser lo saca a flote, lo acepta y lo pone de nuevo en órbita diplomática. La decisión procede de su larga estancia en Moscú. Es un acuerdo con los soviéticos que, a su vez, han mostrado su acuerdo con el Plan en líneas generales, quizá añadiéndole algunas de sus propias iniciativas, en una entrevista que el embajador soviético en Washington ha hecho a Rogers. El proyecto del secretario de Estado ha perdido ya su nombre propio y se ha convertido en el Plan de Estados Unidos, a pesar del descontento de la fuerte, poderosa línea Nixon-Kissinger-Pentágono, sin hablar, naturalmente, de Israel; sin embargo, se ven en la necesidad de asumirlo. No pueden renegar de él.

Israel, sin embargo, ha denunciado sus riesgos. Un alto el fuego de tres meses permitiría a los egipcios reforzar su línea defensiva del canal de Suez, en la que en los últimos días han obtenido ya bastantes éxitos; al mismo tiempo congelaría los envíos de armas de los Estados Unidos a Israel. Las negociaciones indirectas —Nasser propone que el mediador de la ONU, Jarring, reciba las instrucciones definitivas de un comité de las cuatro «grandes» potencias, donde contaría con la amistad de Francia y la URSS— someterían la zona a las conveniencias internacionales, y sugiere negociaciones directas —que, al mismo tiempo, supondrían un reconocimiento oficial de Israel—; pero en lo que el Gobierno israelí parece irreducible es en la restitución de los territorios ocupados. Israel querría discutir las fronteras definitivas y no retrotraerlas donde estaban antes de la guerra; ofrecería a cambio algunas ventajas, como la creación de un corredor internacional por el que Jordania tuviese acceso al Mediterráneo. En cuanto a la cuestión de los palestinos expulsados es impensable que Israel aceptase el regreso a sus hogares —que, por otra parte, ya no existen—; su oferta consistiría en discutir con los países árabes un plan conjunto para dispersarlos y acomodarlos en un plazo de cinco años.

La inquietud producida en el ámbito americano-israelí por la aceptación del Plan es escasa comparada a la que ha producido en las propias filas árabes. La palabra traición resuena frecuentemente. Los refugiados palestinos ven que la paz se quiere hacer a costa suya; los que viven en los territorios ocupados por Israel temen quedarse para siempre en poder del enemigo; las guerrillas entienden que pueden ser exterminadas y proclaman que la lucha sólo puede terminar por la fuerza de las armas; Irak hace causa común con ellos; Siria teme que Nasser consiga de esta manera la



Abba Eban, ministro de Asuntos Exteriores israelí, y Moshe Dayan, ministro de Defensa, a su llegada a la reunión del Gobierno para discutir la respuesta al Plan Rogers sobre Oriente Medio, tres días después de la aceptación del mismo por el Presidente egipcio Nasser. Con los intereses tan divergentes que confluyen en Oriente Medio será difícil hacer que prospere este Plan...

e. haro tecglen

hegemonía árabe; Hussein «el americano» aceptaría velozmente el Plan, pero teme que los palestinos se alcen contra él, destruyan su capital y acaben con su reino...

Una tregua a costa de los palestinos

Por una vez, los guerrilleros palestinos y el Pentágono coinciden en sus puntos de vista sobre la situación: ambos temen que la URSS sostenga este juego diplomático para implantarse definitivamente en la zona. Los estrategas del Pentágono se sienten más seguros en una situación de guerra que en una de paz. Nixon les dio eco cuando, en su ya citada conferencia, advirtió que ya no se trataba de defender a Israel de las amenazas ajenas, sino de consolidar la línea fronteriza de Estados Unidos en el Mediterráneo: los aviones, el material electrónico, los cohetes enviados a Israel tendrían como misión la de cobertura de la Sexta Flota.

Otro eco del pensamiento del Pentágono es el del primer ministro británico al defender su intención de vender armas a África del Sur: la implantación soviética en el océano Índico y en la ruta de Buena Esperanza. Si la URSS pudiese controlar al mismo tiempo el canal de Suez y la ruta del Cabo, tendría al mundo occidental cortado en dos —por vía marítima, se entiende— y, por lo tanto, una considerable fuerza estratégica. Su gran línea naval se extendería desde el mar Negro al Índico. El Pentágono considera que la Sexta Flota está ahora desbordada por un mayor número de unidades soviéticas que, además, cuentan ya con la base de Alejandría y pueden llegar a contar con la de Latakia, en Siria. La presencia de navíos de aliados mediterráneos y de la OTAN no les inspira confianza; por el contrario, consideran que ciertos acuerdos militares mediterráneos no están hechos para reforzar la presencia americana, sino, por el contrario, para contrarrestarla. El Pentágono dramatiza la situación al anunciar que la URSS puede disponer de la base argelina de Mazalquivir, que está invirtiendo dinero y agentes para conseguir que Malta tenga un Gobierno comunista, y que con las actuales reducciones de gastos y las necesidades estratégicas en Asia, la Sexta Flota tendrá que retirarse totalmente del Mediterráneo antes de año y medio. Parece que la política exterior del Pentágono consiste en no consentir ningún arreglo en Israel que no lleve como condición la retirada soviética de Egipto y del Mediterráneo: lo que Kissinger tradujo demasiado precipitadamente por «expulsar a los soviéticos». Y, desde luego, conseguir mayores créditos para material de guerra y material naval.

El juego inverso de la URSS es el de garantizar la paz y la defensa de los países árabes con su presencia continuada. Los guerrilleros temen que, a cambio de ello, vayan a ser sacrificados. Los guerrilleros no luchan por un futuro más o menos comunista o por un equilibrio estratégico del mundo, sino por algo tan concreto y tan inmediato como el territorio de que fueron privados al constituirse el Estado de Israel, y el que después les fue arrebatado en la guerra de los Seis Días, por saciar el hambre de los refugiados palestinos y dotarles de un hogar y de una vida normales. Se representa, una vez más, la divergencia de políticas que se plantea en algunos países de Hispanoamérica entre los guerrilleros y los grupos revolucionaristas, que pretenden el cambio inmediato de estructuras, y los partidos comunistas oficiales, que consideran más válida la solución lenta que puede traer una implantación económica y técnica de la URSS que permita equilibrar el peso del imperio de los Estados Unidos. Los revolucionarios del Oriente árabe no tratan solamente de reparar los daños causados por Israel, sino también los causados —en el pueblo— por los gobiernos árabes; el Plan de paz propuesto por Estados Unidos y aceptado por la URSS supondría un fortalecimiento de los actuales gobiernos y, por lo tanto, de las actuales estructuras económicas que no favorecen al pueblo.

Con todos estos intereses distintos encontrados no será muy fácil hacer que prospere el Plan Rogers. No habrá probablemente apocalipsis en esa zona mediterránea, pero es muy difícil imaginar que pueda haber, en lo inmediato, una paz prefabricada. Podrá haber, en todo caso, una tregua.

DEPORTE Y SOCIEDAD

Eddy Merckx,

en la corte

del rey Balduino

Merckx vive en una magnífica residencia, que se ha ganado con el sudor de sus piernas. Como casi todos los buenos ciclistas, el as flamenco es de origen proletario, y, como casi todos los emancipados individuales de origen proletario, tiene un respeto reverencial por el instrumento de su emancipación: la bicicleta. En los bajos de su espléndida residencia, Merckx tiene dieciséis bicicletas tratadas a cuerpo de reina. Merckx las conoce, las cuida, las ama, como si se trataran de yeguas de carreras. Tiene un equipo de piezas de recambio que le envidiarían los talleres más acreditados; la bicicleta, mecánicamente, no tiene secretos para él. Asegura tener tres amores a ultranza: la bicicleta, su hija y su mujer. Hombre normativo, sabe graduar sus emociones, y en competición exige que su mujer y su hija le visiten cada tres días. Es el engrase que necesita su maquinaria humana, perfectamente autocontrolada, sin ni una estridencia.

Las bicicletas, en cambio, le acompañan siempre.

Hay una orla de soledad siempre en torno a los grandes deportistas, de soledad y de fiera. Es falso que los grandes deportistas saquen fuerzas del «fair-play». Sacan fuerzas de su agresividad, de su deseo de vencer, de su deseo de afirmarse. Que luego la mecánica del triunfo y del fracaso modifique su temple y les otorgue un especial talante caballeroso, es otra cuestión. Pero los grandes vencedores del deporte suelen sacar fuerzas de una íntima rabia que les acompaña como una música rítmica, la que acompaña la

fantástica carrera del corredor de fondo en la reveladora novela de Sillitoe.

Merckx no es un deportista de propaganda. Quiere vencer y vencer por K. O. Tiene instinto de boxeador de «ghetto», angustia de ambicioso. Es un destructor del enemigo, sin piedad, destroza las convenciones ciclistas con su poder. Frente a esto se alza un coro de hipocresía político-deportiva. Le censuran no que gane siempre (sería una censura extradeportiva), sino que nunca se permita la debilidad de dejar ganar a los demás. Merckx, sobre su bicicleta, descolgando a adversarios, cambiando los desarrollos con una precisión de técnico consumado, con un ritmo muscular casi artístico, centauro abridor de estelas, es un poco un símbolo ético-estético de la sociedad lobuna que comparte. Ser un gran corredor le ha permitido tener una bella mujer, una espléndida residencia, una niña privilegiada, fama, dinero y, finalmente, le ha abierto las puertas del palacio real de Bruselas, donde los mismos reyes han recibido a Merckx asumiendo su triunfo.

Nadie se lo censura, aunque muchos se lo envidien. Y si Merckx, de ahora en adelante, respetara las formas, ningún pero se pondría a su gestión. Pero molesto, es radicalmente molesto, el que un hombre-competidor se tome tan en serio, tan a pecho toda la filosofía selectiva que ha respaldado la civilización burguesa.

Nos gustaría escuchar la música y las oscuras voces que Eddy Merckx escucha cuando, agachado sobre el manillar, empieza su brutal carrera exterminadora. Esas voces y esas músicas nacen del pozo oscuro del miedo a no ser Eddy Merckx, del pozo oscuro del miedo a pasar por este mundo sin no haber despertado el odio con el que una histórica jerarquía de valores distingue a los vencedores. ■ M. V. M.

